

Graciela Mantiñan

9/7/19

Este artículo estudia cómo “lee” las Islas el célebre naturalista inglés Charles Darwin (1809-1882) que las visita en un período clave, donde todavía coexisten un pasado argentino y un presente inglés. Enfocaremos este singular relato como una visión epocal de Malvinas, estudiando la influencia de Alexander von Humboldt cuya obra había revolucionado la lectura europea de América y la relación del texto darwiniano con los relatos de otros viajeros británicos, partícipes del “travel account” inglés, que ya habían visitado la Argentina continental. En el relato de Darwin, analizaremos una configuración narrativa de Malvinas, las “islas naturales”, deteniéndonos en algunos aspectos reveladores de una mirada imperial, cuyos ecos superaron largamente su condición de primer capítulo de la historia oficial británica.

Los vínculos con una tradición narrativa

En 1831, Darwin- que sólo tenía veintidós años- inicia su viaje a bordo de la *Beagle* que en marzo de 1833 anclará en Malvinas, menos de dos meses después de la apropiación británica. Un año después retornará y realizará allí una expedición con guías gauchos.

Autor de uno de los tres tomos que en 1839 relataron las dos expediciones de la *Beagle*, Darwin publica en 1845 “*A naturalist’s voyage round the world in H.M.S. Beagle*”¹, donde se revela como un narrador que suma a sus saberes específicos, la capacidad de atraer la atención de un público más amplio.

En el prólogo de la obra asume haber hecho cambios en el texto, su *Diario de Viaje*, “con el fin de hacer más accesible la obra a todos los lectores” (1977, 7).Y para una mejor comprensión de los hallazgos de la expedición, remite a las grandes publicaciones y a sus propias obras. De hecho, las reiteradas referencias a publicaciones de diversos viajeros, usualmente dirigidas a fortalecer sus propias observaciones, aparecen casi siempre al pie de página ².

Es evidente que Darwin está siguiendo las huellas de Humboldt a quién admiraba profundamente, como lo señalan Adolfo Prieto (1996) y Mary Louise Pratt (1992)³.

La narración personal de los viajes de Humboldt ⁴,tan leída en Europa como en América, privilegió la historia natural en la exploración de los territorios interiores, una

¹ Aquí usamos *Un naturalista en el Plata*, la versión que Eudeba publicó en 1977.

² Entre otros, cita a Azara, 15, Humboldt, 52, Burchell, 51, D’Orbigny, 56, Head, 77, Bonpland, 94.

³ Adolfo Prieto cita el *Diario* de Darwin donde él vincula la fuerza de las impresiones con ideas preconcebidas y asume que las suyas fueron tomadas de la obra de Humboldt, “...las cuales, de hecho exceden en mérito a cualquier otra que haya leído”, 16. Pratt recuerda que estando a bordo de la *Beagle*, Charles Darwin escribió que el rumbo de su vida se debió a la lectura y relectura en su juventud de la obra *Personal Narrative* de Humboldt, 198.

óptica que permitía uniformar los conocimientos sobre cualquier lugar del mundo. Los especialistas sostienen que creó una imagen de la América del Sur como pura naturaleza abierta a los emprendimientos comerciales.

Servelli señala en el estilo de Humboldt “la imbricación del discurso racionalista propio de la idea iluminista del viaje utilitario, encarnado primordialmente en la figura del naturalista, con el discurso romántico” (2006,8).

Como advierten Prieto y Pratt, el movimiento romántico que - previa sacralización y subjetivación- había transformado a la naturaleza⁵ en una protagonista absoluta, influye en el discurso de los viajeros. Darwin no es una excepción.

Nacido en Inglaterra y Escocia, el romanticismo británico tuvo honda inclinación por los paisajes naturales, la obra de Shakespeare y las atmósferas de misterio y suspenso⁶ (Rest, 1968,55).

El discurso darwiniano brinda numerosos ejemplos de esa filiación romántica inglesa, por ejemplo cita el *Mazeppa* de Byron (1977,66).

Especialmente nos llamó la atención el uso reiterado de “el espectáculo”⁷ para describir paisajes, situaciones, personas o animales que juzga excepcionales, de hecho resignifica el testimonio apelando a lo teatral y lo arquitectónico.

Un gaucho cruzando el río, “bello espectáculo es ver a un hombre desnudo sobre un caballo en pelo” (98), los lindos vestidos de las jóvenes indias podrían plasmarse en “una bella estatua de bronce”, refiriéndose a los indios mansos de Bahía Blanca: “imposible concebir nada más salvaje, más extraordinario que la escena de su vivaqueo” (62).

En todo caso este narrador tiene clara conciencia de la representación que está realizando y desde su posición de espectador convoca la atención de sus lectores. Pero esta estetización es sólo un gesto discursivo acotado a determinadas escenas, consagrando quizá esa condición de “sujeto instrumental” que Pratt asigna a la presencia de los americanos en la *Personal Narrative* de Humboldt (230).

⁴ La *Relation historique du voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent fait en 1799,1800, 1801,1802,1803 et 1894 se publicó en 1814, 1819 y 1825*. En 1822 tuvo una primera traducción al inglés: *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of the New Continent*.

⁵ “La naturaleza es el espíritu hecho visible y el espíritu la naturaleza hecha visible”, Brugger, 1968,38.

⁶ Entre sus poetas cabe mencionar al escocés William Wordsworth (1770-1850), cuyas *Baladas líricas* inauguran un tratamiento especial de la naturaleza asociado al paisaje de su tierra natal. Wordsworth, junto con Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) y Robert Southey (1774-1843) constituyen un grupo inicial del romanticismo británico. Se los denominó “los laquistas” porque se instalaron en la región lacustre de Keswick, condado de Cumberland.

⁷ Sólo a título de hipótesis y recordando la influencia de Shakespeare: “el espectáculo” es un motivo de teatro barroco inglés y español. Shakespeare lo enuncia por ejemplo en “Cómo gustéis”: “Todo el mundo es un escenario, / y todos, hombres y mujeres, son meros actores”, acto II, escena VII.

En los relatos de los viajeros ingleses que visitaron la Argentina continental antes de Darwin, ya se percibe la estetización de los sujetos de la historia natural.

Está en Samuel Haigh, John Miers, Joseph Andrews y Francis Bond Head, el único citado por el naturalista. Privilegiando sus objetivos comerciales y confiando en la superioridad del *know how* británico, ellos describen los paisajes y los personajes típicos como el gaucho y menoscaban las comunidades y habitantes de los lugares que visitan, especialmente a los indios⁸.

Al estudiarlos, Adolfo Prieto advirtió la complejidad y funcionalidad discursiva de sus textos, planteando cómo algunos de ellos inspiraron a obras fundacionales de nuestra literatura nacional. Y señaló la influencia de Head, cuyo libro se publicó en 1826, en el relato darwiniano.

En esos años en Inglaterra se había puesto de moda el “travel account” a través de las revistas *Edinburgh Review* y *Quarterly Review*⁹, que según Servelli, generaron una nueva comunidad de lectores- escritores.

Es decir que ya había un esbozo de estilo narrativo donde las pampas argentinas y los llanos venezolanos eran como un océano, parafraseando una de las metáforas marinas de Humboldt.

Las impresiones de Darwin sobre criollos, gauchos e indios.

Al llegar al Plata, el narrador no se diferencia de sus predecesores del “travel account”.

Manifiesta rechazo por el retraso de los habitantes blancos del Plata¹⁰, juzga al ejército de Rosas- con quien se entrevista- que está haciendo la campaña del desierto como “una partida de bandoleros” (38).

Dice de Carmen de Patagones: “estas colonias españolas no llevan en sí los elementos para un desarrollo rápido, como nuestras colonias inglesas” (1977, 32).

Un Otro que sortea funcionalmente la ajenidad/descalificación de Darwin son “los gauchos”. El narrador cambia: de la desconfianza que le despiertan al comienzo del viaje en el Uruguay, pasa a una paulatina admiración por sus saberes y su forma de vida. Reconoce que son “excelentes jinetes” que “nunca parecen emplear la fuerza” (105) y que “la vida independiente del gaucho tiene, sin disputa, un gran encanto”.

⁸ Este menoscabo tiene antecedentes: ya Hipólito Vieytes cuestionaba en las páginas del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1897) la idea de los criollos como seres entregados al ocio y los placeres, ver: Martínez Gramuglia, Pablo (2018).

⁹ En 1824, *Quarterly Review* publicará un artículo advirtiendo el vano esfuerzo de los viajeros británicos que buscaban oro en la Argentina, ver Servelli: “Head y Miers sobre Buenos Aires y Chile”, publicado en Jan.March1827, pp.114-48, XXXV, 250-293(257-293).

¹⁰ Al igual que todos los viajeros británicos de la época, el rechazo incluye a los españoles y su herencia en el país.

Considerando al gaucho “servicial, hospitalario, modesto, atrevido, valiente”, aceptando que juega y bebe y usa demasiado el cuchillo, sin embargo lo juzga superior a los habitantes de la ciudad.

Como narrador, Darwin realiza sus propias elecciones: convierte su admiración por “la raza grande y hermosa” de los indios aliados al Restaurador - cuya matanza de otros mujeres y niños indígenas lo horroriza (64) - en absoluto desprecio por los fueguinos, “innobles y asquerosos salvajes” (154).

En el sur patagónico, después de haber compartido la travesía con los tres indios fueguinos que Fitz Roy había raptado en su viaje anterior y ahora retornaba a su tierra, Darwin enuncia ya un juicio definitivo e inmodificable sobre esas tribus.

Acentúa su descalificación convocando la noción de espectáculo para describir el primer encuentro, “no me figuraba cuán enorme es la diferencia que separa al hombre salvaje del hombre civilizado”, 151, “esa familia se parecía a unos diablos que se presentan en escena en *Freychut* o en obras semejantes”¹¹(152).

Sostiene haber recibido testimonios que hablan de su canibalismo, cree que tienen gestos parecidos a los de los orangutanes de los zoológicos, confiesa haber llegado a odiarlos por su permanente “yammerschooner” (dame) (171).

Acepta que son excelentes mímicos y poseen gran capacidad visual (152) y pareciera apiadarse de lo hoy llamaríamos el deterioro de los términos de intercambio, “nos daban buenos peces y excelentes langostas a cambio de guiñapos de cualquier clase” (171).

Los juzga cercanos a los patagones del Estrecho de Magallanes y degradados. Pero afirma que su capacidad mental es superior a la de otros aborígenes, como los esquimales y los australianos.

Piensa que el retraso de los indios fueguinos reside en que comparten todo y que sólo se superará cuando entre ellos se erijan propietarios, como lo había hecho Rosas para construir su poder. Bertrand Russell nos ofrece una posible lectura de esta afirmación: dijo que el evolucionismo no era sino una extensión del liberalismo, aplicada al mundo animal y vegetal (Romero, 1969,467).

En su relato, Darwin se apoya en algunas fuentes inglesas (Drake, Byron, Cook) y sólo cita una observación de Bouganville. Lo cierto es que en el siglo XVIII, quizá inspirados por el pensamiento de la Ilustración, los marinos franceses tuvieron un registro más amplio de los indios fueguinos.

¹¹ Se está refiriendo a “Der Frei Schütz”, una ópera de Carl von Weber, estrenada en 1820, inspirada en una leyenda folklórica alemana donde un demonio del bosque dota a un cazador con balas mágicas.

La historia de estos pueblos originarios es muy compleja¹²: creemos que más allá de las fuentes, el tratamiento del científico Darwin es también una elección del narrador Darwin que no olvidemos, escribe para un público amplio.

Porque dieciséis años antes, él había participado de una publicación donde tanto Parker King, el capitán de la primera expedición de la *Beagle* (1826-1830) como el capitán Fitz Roy que comandó la segunda, ya habían testimoniado numerosos encuentros con los indios fueguinos y conocimientos de las diferentes tribus patagónicas¹³.

¿Acaso construye el protagonismo del narrador privilegiando su subjetividad para presentar esta experiencia de “primer contacto”? Sin embargo ese protagonismo también incluye la retórica política: como todos los viajeros ingleses -durante la travesía ya en otras tierras-Darwin ratificará su fe en el destino imperial británico¹⁴.

Quizá desde la afirmación de la subjetividad, podría leerse la distancia que el narrador toma de Fitz Roy¹⁵. El marino, al relatar la segunda expedición (1831-36), había ampliado la información sobre las tribus fueguinas y la experiencia “civilizadora” de los jóvenes que había llevado a Londres? Nada más revelador que la forma en que Darwin cierra su relato: espera que el trato humanitario que les dio el marino los impulse a ser solidarios con próximos viajeros.

¹² Ya había una línea británica de la historia: podríamos citar al corsario inglés Francis Drake que en 1577 se enfrenta con los patagones en la Bahía de San Julián, Tomas Cavendish que en 1586 recata a los habitantes de las colonias que fundó Pedro Sarmiento de Gamboa, Tomas Falkner, el jesuita que los visita en 1747y escribe sobre ellos. Lord Byron alimenta la leyenda en 1750 cuando visita las costas patagónicas, una leyenda que ya había sido desmentida por su compatriota el almirante John Narborough. La línea francesa, marcada por el pensamiento de la Ilustración, construye una visión diferente. Como ejemplo citaremos la carta de Bougainville a Dom Pernetty y los relatos de Duclos -Guyot y Giraudis al volver al Estrecho en 1766. Ellos toman contacto con los indios fueguinos y su experiencia les despierta preguntas sobre sus propias sociedades. Ante la ayuda proporcionada por uno de ellos, Giraudais escribe: “Hubiésemos hecho lo mismo por ellos, nosotros que nos ufamamos de educación, urbanidad y decoro y que llamamos salvajes a estos patagones” (321). La carta del primero y un extracto del diario del segundo están incluidos en *Historia de un viaje a las Islas Malvinas*, Pernetty (2012, 305 y 317-322 respectivamente).

¹³ Darwin no innova: las características de los fueguinos que enuncia ya habían sido descriptas por Fitz Roy en su primer viaje, donde el marino asume que la travesía lo había ayudado a comprender el verdadero carácter de los fueguinos “en relación con que había aprendido hasta ese entonces por otros medios” (Parker King, 2015, 351).

¹⁴ Cuando la *Beagle*, llega a los mares del Sur y Australia, observando el cambio operado que sería el “producto del espíritu filantrópico de la nación británica”, Darwin escribe en su *Diario*: “enarbolar la bandera británica parece llevar consigo, como consecuencia cierta, riqueza, prosperidad y civilización” (Prieto, 2003, 24).

¹⁵ La relación entre ambos fue conflictiva: compartieron el camarote en el *Beagle*, se respetaron y frecuentemente polemizaron. Con el tiempo, el dogmatismo religioso de Fitz Roy y las ideas evolucionistas de Darwin concluyeron por separarlos. Algunos autores sostienen que el marino británico le habría disgustado el tratamiento que hace Darwin de la historia de los indios fueguinos.

¿O tal vez está anticipando los fundamentos de su teoría que, desde fines del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX, aportó a lo que luego se conoció como darwinismo social, inspirando un paradigma de superioridad/inferioridad que circuló –y circula– en múltiples concepciones?

Jemmy Button: un protagonista menor del relato darwiniano.

Darwin evoca brevemente el retorno a su tierra de York Minster, Jemmy Button y Fuegia Basket¹⁶, los indios fueguinos raptados por Fitz Roy en su viaje anterior y que él conoció a bordo de la *Beagle*. Estos jóvenes, que habían estudiado en una escuela inglesa, adquirieron tanta notoriedad que hasta fueron presentados a los reyes británicos.

¿Por qué nos interesa especialmente su relato sobre Jemmy Button? Porque este fueguino se insertará años después en la historia de la misión anglicana en las Islas Malvinas, desde donde se “importaban” y luego se “exportaban” jóvenes y niños indígenas del continente. Button era considerado un referente natural para estimular la convocatoria.

En 1857, él reside durante un corto período con su familia en la misión de Keppel (Malvinas), pero decide volver a su tierra y a sus costumbres. En 1859, acusado de participar en una masacre de misioneros ingleses en el continente, se presentará en el juzgado de las Islas, donde será enjuiciado y sobreseído.

Creemos que en el relato darwiniano aparecen ciertas contradicciones de su narrador.

Jemmy y sus compañeros pertenecen al mismo pueblo que él descalifica absolutamente. Pero también son un Otro con las mediaciones que impone el hecho de ser protagonistas de una iniciativa personal del capitán Fitz Roy, haber estudiado en Inglaterra, saber su idioma.

El narrador sólo modifica el tono del discurso: Jemmy es simpático, todos lo quieren, se compadece de los mareos de Darwin en el mar, es “buen patriota” porque habla bien de su pueblo. Sin embargo tiene accesos de cólera, no comprende el concepto de alternativa, no lo atemoriza su pueblo cuando vuelve a su tierra.

Lo cierto es que ni la agresión casi inmediata de otros indios que le roban sus pertenencias y luego destruyen las cabañas que le habían proporcionado los ingleses, cambian la decisión de Jemmy cuando Fitz Roy retorna un año después. No quiere volver a Inglaterra.

¹⁶ Naturalmente estos nombres les fueron dados por los británicos. Se inspiraron en determinadas circunstancias de su rapto. Por ejemplo, cuando subió a Jemmy Button a la *Beagle*, Fitz Roy habría regalado un “botón de madreperla, grande y brillante” a un tío del joven para tranquilizarlo (Parker King, 2015, 381).

Entonces Darwin observa que lo habían dejado gordo, limpio y bien vestido, ahora lo encuentran “flaco, huraño y salvaje, con la cabellera en desorden y todo desnudo con excepción de una tela alrededor de la cintura” (172).

Esta descripción de lo que el narrador considera es la remisión de Jemmy al estado salvaje, ameritaría dos observaciones. La primera, tiene que ver con la visión de la desnudez y la transformación del uso de la ropa en un signo de civilización, constante también en el relato de Fitz Roy (2016) y en el de los misioneros anglicanos. Tan constante como la nominación de lugares¹⁷ e indígenas en inglés.

Podemos atribuirlo a la cultura de la época, pero también señalar su peso en la subjetividad del narrador. Mucho tiempo después dirá en la *Autobiografía* que concluye en 1876: “La vista de un salvaje desnudo en su tierra natal es algo que no puedo olvidar” (Palma, 2016).

La segunda observación es que este tratamiento de la corporalidad debería estudiarse desde la biopolítica, un tema cuya complejidad excede largamente el tema de este artículo.

Prieto cree que el naturalista incluye esta historia tributando al éxito de la “novela antropológica” que se había impuesto en Europa a partir de *Atala* de Chateaubriand (1801).

Lo cierto es que Darwin parece muy lejos del espíritu redentor cristiano que creó el “buen salvaje” de la obra francesa. Como narrador formula su propia versión sobre los indios y lo hace en un momento en que ya existían múltiples fuentes.

Llama la atención el escepticismo darwiniano cifrado en el potencial evocado que usa para formular su juicio: “no dudo de que hoy será tan feliz, o quizá más, que si no hubiera salido nunca de su país” (173). Antes había planteado que los jóvenes hubieran sido más felices conservando las costumbres británicas, pero que quizá su visita a Europa había sido perjudicial (170).

¿Cuánto hay en estos juicios de las ideas darwinianas? Desde el racismo compartido por toda su época donde la civilización consagraba la hegemonía del hombre blanco hasta sus futuros enunciados sobre la selección natural y la perduración del más apto.

Sin embargo en 1870 saludará como un éxito la llegada de un segundo contingente de fueguinos a Londres, conducidos por la misión anglicana de las Islas. Entre ellos se encontraba un hijo de Jemmy Button.

Una observación y un silencio darwinianos sobre Jemmy nos siguen interpelando.

¹⁷ Elegimos uno entre los muchos ejemplos de nominación británica. Fitz Roy le da el nombre de Darwin al segundo pico más alto de Tierra del Fuego para celebrar el vigésimo quinto cumpleaños del naturalista.

Le parece raro que el indio -recordemos que había vivido en Inglaterra- crea en los sueños, pero sostenga que en su país no hay diablo. Olvida lo que sí recuerda Fitz Roy (281): Jemmy, que en 1834 había vuelto a ser un yaman, les entrega regalos al capitán de la *Beagle* y otros tripulantes. Para Darwin, había confeccionado dos puntas de flecha.

Un narrador en las Islas

Este Darwin que bajando por el Paraná dice “¿cuán otro hubiera sido este río si los colonos ingleses hubiesen tenido la suerte de remontar los primeros el Río de la Plata?”(95), llegó el 16 de marzo de 1834 a la Falkland Oriental, como él llama a la Isla Soledad.

Inmediatamente ofrece la historia de que ya es el primer capítulo de la versión oficial inglesa. Señala la disputa de España, Francia e Inglaterra por las Islas, el largo tiempo que quedaron deshabitadas, su venta por parte del gobierno de Buenos Aires a un privado particular- suponemos que se refiere a Luis Vernet- reservándose el derecho de trasladar allí a criminales como antiguamente lo hacía España.

Sólo condena lo que juzga es inoperancia británica en la defensa de las Islas.¹⁸

“Inglaterra hizo cierto día valer sus derechos y se apoderó de ellas. El inglés que quedó allí-suponemos se refiere a Brisbane- guardando la bandera fue asesinado. Se envió un oficial inglés, pero sin que le acompañaran fuerzas suficientes. A nuestra llegada, le encontramos a la cabeza de una población cuya mitad, al menos, se componía de rebeldes y asesinos” (136).

Al simplificar la historia hasta contradice al capitán Fitz Roy en algunos aspectos, por ejemplo lo referido a Vernet¹⁹. Pero construye un buen prólogo para lo que sigue: en esas “miserables islas”, “el teatro es bien digno de las escenas que en él pasan” (id)

Nunca dudamos de que el narrador Darwin nos ofrecía un pacto de lectura, pero resultó alentador saber que en 1842, otros viajeros, los Hermanos Robertson definirían cómo debía ser el relato de su crónica como: “los caracteres del drama en el curso de su desarrollo” (Servelli, 17)²⁰.

Aceptamos el pacto y desde esa teatralidad convocada por el mismo Darwin estudiamos su configuración narrativa de las Malvinas realizada durante una excursión “con seis caballos y dos gauchos”, como si fuera una sucesión de escenas (137).

¹⁸ Palma (2016) cita de una carta de Darwin a su hermana: “Nosotros aquí como perro del hortelano, tomamos las Islas y dejamos para protegerlas sólo la bandera inglesa”.

¹⁹ Fitz Roy habla respetuosamente de Vernet y tiene una mala opinión de la intervención norteamericana que Darwin silencia. (2016,233-235)

²⁰ Gilliespie, un viajero involuntario, ya que fue un soldado prisionero después de las invasiones inglesas, dirá: “considerando el mundo como un gran teatro y la humanidad como una familia común” (Buenos Aires y el Interior, cap., IX, 1921, La cultura argentina, Buenos Aires, citado en Servelli, 51.

La descripción del clima y del paisaje marcan ya un escenario desolado: tiempo frío, viento intenso, fuertes nevadas esporádicas, “nada menos interesante que este viaje: siempre la misma llanura ondulada” (id).

Es lo que Servelli, hablando de la mirada del narrador humboldtiano, llama “una mirada paisajística, en el sentido que designa doblemente un espacio material y su representación figurativa, cargada de subjetivismo” (11)

En esa visión quizá estén las claves de la descripción que hace de los gauchos que lo acompañan, cuya representatividad como tipos humanos, foco de interés, comparte con todos los viajeros británicos que lo precedieron.

Por ejemplo Santiago (St.Jago²¹), que paulatinamente lo irá seduciendo con sus destrezas camperas, desde la cocción de un asado hasta la castración de un toro viejo. Como sucede en todo su viaje, los gauchos se transforman en interlocutores: “Me contó Santiago”, “Me dicen los gauchos que...” (142).

Darwin vuelve a necesitar un punto de referencia en su propio mundo social y cultural para conservar el vínculo entre la representación fuertemente marcada por la estética romántica y la empresa utilitaria de la que forma parte.

Al describir los toros salvajes piensa que el tamaño de sus cabezas y sus cuellos es equiparable al de las esculturas griegas (138). Pero también advierte irónicamente que la carne de cuero habría sido apreciada en Londres rápidamente (138).

Darwin reitera la teatralidad enfatizando la mirada: hablando de animales: “magnífico espectáculo fue ver cómo en pocos minutos la inteligencia triunfó sobre la fuerza bruta” (138), pero también de personas: “Espectáculo admirable fue ver con que destreza logró Santiago...” (id).

En un punto, la teatralidad y el discurso científico se intersectan en la configuración de Malvinas. Y como antes Pernetty y Bouganville, quizá con más conocimientos científicos, evoca la escena originaria. Por ejemplo, las rocas cuarzosas de las colinas debieron adquirir su forma cuando se hallaban en estado pastoso, si no se hubiera roto. Y esas formas, coincide con Pernetty, pueden ser comparadas con los asientos de un anfiteatro (143).

Cree que las Islas es el único lugar del mundo-, pequeño, aislado, distante-donde crece un enorme cuadrúpedo como el zorro malvinero.

Los torrentes de roca, que también sorprenderán al sacerdote salesiano Migone²², unen el retorno a lo inicial ratificando la teatralidad, “pero ninguna escena ha

²¹ Winograd (2012), que tradujo *The voyage of the Beagle. A Naturalist's Voyage Round the World*, Londres, 1913, para su *Malvinas. Crónica de cinco siglos*, nos dice que así lo llama Darwin, infiriendo que el nombre es Santiago.

²² Migone alude a los ríos de piedras que han fascinado a los hombres de ciencia. ¿Se referirá a Darwin? (188).

presentado a mi imaginación tanto como estos torrentes de roca la idea de una convulsión tal, que en vano buscaríamos semejantes en los anales de la historia”(145).

El sabio se concentra en la naturaleza isleña y reitera el relato oficial británico sobre las Malvinas. Sin embargo desde su misma especificidad, establece una relación de las Islas con la Argentina continental, que es en sí misma una manifestación de identidad.

Repitiendo a todos los viajeros lo antecedieron, Darwin observa que en Malvinas no hay árboles, “a pesar de que la Tierra del Fuego está cubierta de un bosque enorme” (248), “tanto en Tierra del Fuego como en las Falklands, hice muchas observaciones de animales marinos más simples, pero son de poco interés general”.

El vínculo de los gauchos que lo guían y que él reduce a sus peculiares destrezas, cifran en realidad una tradición histórica –cultural rioplatense. De esa manera, registra un hecho que luego será emblemático por los argentinos y negado por los británicos.

Nos referimos al pasado campero de Malvinas que, como observa por ejemplo el sacerdote Migone (1996, 187) está inscripto en su mismo idioma.

En 1998, Solari Irigoyen titulará “La negación de los gauchos” a un capítulo de su libro donde habla de las acuarelas de John P.Dale²³, creadas en la mitad del siglo XIX, inspiradas en la vida campera de Malvinas. Y ofrece algunos títulos de las acuarelas: “Reposo en el rancho”, “Una comida en el corral” (38,39).

La narración científica de Darwin configura a Malvinas- para seguir su pacto de lectura- como un escenario natural notable. La insularidad malvinense aparece descripta sin referencias a su historia pasada -ni siquiera el capítulo francés²⁴- ni a su identidad cultural que el lector puede atisbar en las destrezas de sus guías gauchos. En definitiva, el capítulo inicial que requería la historia británica de las islas.

Leer a Darwin desde Malvinas 1982.

Si bien las marcas del relato darwiniano en la literatura argentina ameritan un tratamiento especial, nos limitaremos aquí a marcar diálogos posibles entre narrativas inspiradas en la guerra del 82 y el texto del sabio naturalista.

Darwin sospecha que hay ratones de campo en la Islas (141). Siglo y medio después lo confirmará un testificante de la guerra del 82: “La cueva de campo era bastante abrigada y antes de quedarnos dormidos escuchábamos a los ratones de campo que pasaban por arriba del poncho impermeable” (Speranza y Cittadini, 2007, 46).

Como sucede en el relato de todos sus antecesores, el naturalista practica una suerte de orientalismo invertido, comparado Malvinas con territorios que él y previsiblemente sus lectores, conocen.

²³ Paradoja: Dale fue gerente de la compañía Falklands Islands a partir de 1853

²⁴ Nos referimos al capítulo francés, pensando en las amplias descripciones que ofrecen las obras de Dom Pernetty y Bouganville

Por ejemplo fantasea que los pequeños caballos isleños podrían originar una raza de ponies de las Falklands, como los tiene el septentrional de Shetland. Curiosamente la referencia a las Shetland volverá de distinta manera en el relato testimonial británico de la guerra del 82.

El antibelicista teniente David Tinker, que moriría en la guerra, le escribe a su esposa: “Las Falklands en sí son muy parecidas a las Shetland: todo en ellas se ve muy tranquilo y pacífico”, (1983,40). Quizá pensando en Escocia, el jefe del desembarco terrestre británico Julian Thompson llama “las tierras altas” a los montes malvinenses, ver Mantiñan G. “A vos te falta Malvinas”, 2015, p.109²⁵.

En los alrededores de Bahía Blanca, estudiando nuestros armadillos, Darwin identifica al “*Dasyus minibús*, o Pichi” (58). “El Pichy escoge los terrenos muy secos...procura con frecuencia hacerse invisible agachándose en el suelo”.

Sostiene que hay que tirarse del caballo para atraparlo porque

“cuando el suelo no es demasiado duro, cava con tanta rapidez que el cuarto trasero desaparece antes de haber tenido tiempo de echar pie a tierra. Ciertamente se experimenta algún remordimiento al matar a un animal tan bonito, pero como me decía un gaucho al descuartizar uno de ellos, ¡son tan mansos!”(59).

En 1990, en un libro que recoge cuentos populares sobre el quirquincho, Julio Schwartzman dice: “con la misma facilidad con que se mete bajo tierra se ha metido en los cuentos que cuenta la gente. Allí es el vivo que no parece vivo, el pícaro que no lo demuestra” (53)²⁶.

Esos pichis que había descripto Darwin y que ya integraban nuestra tradición oral, le darán nombre a los protagonistas de *Los pichiciegos* de Rodolfo Fogwill, una novela publicada en 1983.

Esta obra, considerada hoy como fundante del relato de la guerra de Malvinas, narra la historia de un grupo de conscriptos desertores que se oculta en una cueva en las Islas, donde desarrollan desesperadas estrategias de supervivencia.

Inspirados por un famélico camarada santiagueño que recuerda los pichiciegos de su tierra, ellos eligen llamarse “los pichis” y se configuran como un mito en el escenario bélico. A los pichis no los matarán ni los ingleses ni los argentinos. Morirán cuando una nevada –el gélido clima de Malvinas- tape el tiraje de la estufa de la cueva.

Conclusión

Si definimos la configuración narrativa de Malvinas como un relato transversal que cruza distintas épocas, hallaremos que el relato darwiniano ha dejado huellas

²⁵ Aludiendo a que en el 82 muchos británicos ignoraban la ubicación de las Islas, el excombatiente inglés David Bramley recuerda haber oído: “¿Qué mierda es eso de que unos sudacas invadieron Escocia?”(1991).

²⁶ El crítico será el primero en estudiar el mito Pichi en la obra de Fogwill (ver Schwartzman(1996,113-138)

perdurables, porque en realidad cifra ideas que aún hoy se ofrecen al cuestionamiento o la aceptación.

De ahí que para la cultura argentina-que hizo del pensar las Islas una forma de defender nuestros derechos soberanos- siga siendo pregnante interpelar a un sabio naturalista que las visitó en el siglo XIX.

Bibliografía

- Bramley, D. (1991). *Viaje al infierno*. Buenos Aires: Planeta.
- Brugger, I. (1968). El romanticismo alemán. En *Capítulo Universal*, nro7. Buenos Aires: CEAL.
- Darwin, C. (1977). *Un naturalista en el Plata*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- De Bougainville, L. A. (2005). *Viaje alrededor del mundo*. Buenos Aires: EUDEBA.Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo.
- Fitz Roy, R. (2016). *Los viajes del Beagle.Informes de la Segunda Expedición (1831-1936)*. Buenos Aires: EUDEBA.Colección Reservada del Museo del Fon del Mundo.
- Flores de la Flor, M. A. (2013). "Un mito del Estrecho de Magallanes". En A. M. Alberto Gullon Abao, *El mar en la historia y la cultura* (págs. 63-77). Cadiz: Universidad de Cadiz.
- Fogwill, R. (2008). *Los pichiciegos*. Buenos Aires: Interzona.
- Mantiñan, G. (2015). *A vos te falta Malvinas.Señales de identidad en el relato testimonial de la guerra de Malvinas.1982-2005*. Recuperado el 10 de 01 de 2018, de <https://avostefaltamalvinas.wordpress.com>
- Martinez Gramuglia, P. (2018). La disputa del Nuevo Mundo en la prensa periódica porteña hacia fines del vierreinato. *Orbis Tertius*,23(28) c087, <https://doi.org/1024215/18517811eo87>.
- Migone, J. I. (1996). *33 años de vida malvinera*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.
- Misioneros de la Patagonia. Incansables peregrinos* (2006).Buenos Aires.Aguilar.La Nación
- Palma, H. (2016). *Las huellas de Darwin en la Argentina*. Recuperado el 3 de marzo de 2019, de <https://www.teseopress.com/lashuellasdedarwin/wp-content/uploads/sites/305/2016/06/Las-huellas-de-Darwin-en-la-Argentina-1464801989.pdf>.
- Parker King, P. (2015). *Los viajes del Beagle.Informes de la Primera Expedición (1826-1830)*. Buenos Aires: Eudeba.Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo.

- Pernetty, D. (2012). *Historia de un viaje a las Islas Malvinas*. Buenos Aires: Eudeba. Colección Reservada del Museo del Fin del Mundo.
- Pratt, M. L. (1992). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Prieto, A. (1996/2003). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana/Fondo de Cultura Económica Colección Tierra Firme.
- Rest, J. (1968). El romanticismo inglés. En *Capítulo Universal*. Buenos Aires: Ceal.
- Romero, M. L. (1969). Poesía y prosa victoriana. En *Capítulo Universal*, nro 25. Buenos Aires: CEAL.
- Schvartzman, J. (1990). *Cuentos del quirquincho*. Buenos Aires: Ceal.
- Schvartzman, J. (1996). "Un lugar bajo el mundo: Los pichiciegos de Rodolfo Fogwill". En *Microcrítica: lecturas argentinas* (págs. 113-138). Buenos Aires: Biblos.
- Servelli, M. (2006). *Viajeros al Plata*. Buenos Aires: Corregidor.
- Shakespeare, W. (s.f.). <http://recursosbiblio.url.edu.gt/publilppm/Libros/2015/Shakespgusteis.pdf>. Recuperado el 7 de 10 de 2018
- Solari Irigoyen, H. (1998). *Malvinas. Lo que no cuentan los ingleses (1833-1982)*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Speranza, G. y. (2007). *Partes de guerra. Malvinas 1982*. Buenos Aires: Edhasa.
- Tinker, H. (1983). *Malvinas. Cartas de un marino inglés*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Winograd, A. i. (2012). *Malvinas crónicas de cinco siglos*. Buenos Aires: Ediciones Winograd.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.